

El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI*

Gisèle Sapiro

A pesar de la memoria aún vívida de un pasado prestigioso y de los fuertes incentivos proporcionados por las instancias de la Unión Europea, la construcción económica y administrativa de Europa no parece haber tenido su correlato en el espacio intelectual. Para comprender los obstáculos que encontró el surgimiento de este espacio, debemos situarlo en una perspectiva histórica de largo plazo, la del proceso de formación de los Estados-nación. Este proceso contribuyó a la desintegración de la comunidad letrada europea, que se comunicaba en una sola lengua: el latín. La fragmentación de esta comunidad a partir del desarrollo y afirmación de las lenguas vernáculas estuvo estrechamente ligada al nacimiento del mercado del libro y a la expansión del público lector a grupos sociales no necesariamente formados en las humanidades clásicas —mujeres, clases medias urbanas, y luego la clase obrera. Si el francés fue hasta el siglo XVIII la lengua de la cultura de las cortes europeas, el *Bildungsbürgertum* pronto habría de establecer el austero rigor de la *Kultur* alemana frente al encanto superficial de la *civilisation* francesa,¹ iniciando el proceso de nacionalización de la cultura letrada. Desde mediados del siglo XIX, mientras el alemán y el inglés ganaron ascendencia como las lenguas de la ciencia, la traducción se convirtió en el principal modo de circulación transnacional de textos.

La multiplicación de Estados-nación en el siglo XIX europeo fue acompañada por el desarrollo y diferenciación de las profesiones intelectuales que tomaron formas variables de acuerdo a las estructuras políticas y administrativas de los distintos países y a las relaciones de competencia entre sí.² En razón del papel cen-

tral otorgado a la cultura, la construcción de identidades nacionales dependió muy especialmente de los productores de representaciones colectivas que eran los intelectuales. Hombres de letras, publicistas y pensadores del mundo social, proclamadores de un futuro radiante o nostálgicos de un pasado perdido, asumieron el rol de profetas del mundo moderno. Esta construcción nacional se desarrolló en el marco de una competencia internacional cada vez más intensa que tuvo a Europa como su centro, y se constituyó en un modelo que circuló de un país a otro a través de un proceso mimético. En el siglo siguiente, este nuevo principio de cohesión que debía suplantar la religión para formar entidades abstractas de base territorial iba a tener consecuencias fatales hoy bien conocidas por nosotros, del colonialismo a las dos guerras mundiales, y luego a las guerras étnicas.

Después de la Primera Guerra Mundial, las relaciones intelectuales que comenzaban a desarrollarse entre los países —intercambios académicos, puesta en común de saberes, organización de la educación y la investigación, derechos de autor— devinieron un componente de las relaciones internacionales, con la esperanza de que favorecerían la pacificación de los espíritus. A pesar de las rivalidades y tensiones que subsistían, sobre todo entre las tres grandes potencias, Francia, Alemania y Gran Bretaña, estas relaciones fueron institucionalizadas en 1924 con la creación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, precursor de la UNESCO, que impulsó la formación de instancias internacionales (sociedades de autores, asociaciones profesionales, federaciones de educación y de periodismo) en áreas en las que todavía no existían. Éstas desempeñaron un rol importante en la promoción de los intereses corporativos de los intelectuales, en la difusión del modelo de organización profesional, y en la armonización de la regulación (derechos de autor, propiedad intelectual). Paralelamente a los intercambios oficiales entre los Estados

* El presente artículo es una versión adaptada de la introducción al volumen Gisèle Sapiro (ed.), *L'Espace intellectuel en Europe XIXe-XXe. De la formation des Etats-nation à la mondialisation*, La Découverte, Paris, 2009.

¹ Norbert Elias, *La Civilisation des moeurs* [1939], trad. fr. Calmann-Lévy, Paris, 1973. [Hay traducción al castellano: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989].

² Andrew Abbott, *The System of Professions: An Essay on the Division of Expert Labor*, The University of Chicago Press, Chicago, 1988; Gisèle Sapiro,

«Les Professions intellectuelles, entre l'État, l'entrepreneuriat et l'industrie», *Le Mouvement social*, n° 214, enero-marzo 2006, pp. 3-24.

y las instancias internacionales, o en concurrencia con ellas, las fundaciones filantrópicas fomentaron la internacionalización de los intercambios en las ciencias sociales y humanas. Además de estos factores institucionales, algunos factores políticos de la época ayudaron a trascender las fronteras nacionales: el internacionalismo socialista, el humanismo pacifista, la voluntad de reconstrucción luego de las dos guerras mundiales, las migraciones voluntarias o forzadas (los exilios), la movilización contra el fascismo, o incluso los movimientos sociales como Mayo de 1968.

Los Estados europeos jugaron un rol central en la construcción de este espacio intelectual internacional, que no se limitaba a Europa, en particular en el período de entreguerras. De hecho, la noción y la definición mismas de Europa eran en esa época, como lo son ahora, un objeto de disputa entre campos políticos opuestos, desde la izquierda a la derecha. Frente a la concepción de Europa como un «cruce» de culturas que prevalecía en el lado del humanismo pacifista, la Alemania nazi aspiraba a establecer un nuevo orden europeo bajo su propia hegemonía, basado en la teoría de la superioridad de la raza aria y en el exterminio de los pueblos judío y gitano. Este «proyecto» condujo a la destrucción casi total del Viejo Continente. Sobre sus ruinas se construyeron dos sistemas ideológicos, el comunismo y el (neo) liberalismo, creando una división geopolítica que duró cincuenta años y movilizó fuertemente a los intelectuales en ambos lados en favor o en contra del sistema dominante en su zona. Mientras que, bajo el dominio de la URSS, los países de Europa oriental se convirtieron al socialismo de Estado, la doctrina neoliberal se difundió a través del mundo occidental, cuyo centro se había desplazado desde Europa a los Estados Unidos. El nuevo orden mundial inaugurado por el acuerdo del GATT de 1947 exigió la apertura de las fronteras erigidas por los Estados-nación con el objeto de propiciar el intercambio de bienes. El proyecto europeo promovido por un grupo de modernizadores agrupados en torno a Jean Monnet vio la luz en este contexto en conexión con el Plan Marshall, en el momento de apogeo de la Guerra Fría y cuando las guerras de descolonización comenzaban a extenderse.

Sin embargo, como ya hemos señalado, en contraste con el desarrollo de los Estados-nación la construcción económica y administrativa de esta entidad territorial no fue verdaderamente acompañada de una unificación cultural. Varias hipótesis se nos hacen presentes para explicar este fenómeno. En primer lugar, la lógica económica y monetaria tiende a la homogeneización mientras que, en términos culturales, Europa se caracteriza por la diversidad. Los defensores de un proceso de unificación global tienden a ver esta diversidad como un obstáculo más que como una ventaja, a pesar de estar profundamente arraigada en los *habitus* culturales nacionales. Como la religión, la identidad nacional fue construida en torno a símbolos y rituales. Pero la lengua desempeñó un rol especial en la formación de comunidades nacionales: funcionó, aún en los casos en que fue impuesta mediante medidas coercitivas, como cemento cultural. Ahora bien, la cuestión de los idiomas se encuentra en el centro de las luchas en torno a la construcción de Europa, aun con el predominio del inglés (o más bien un dialecto empobrecido y técnico del mismo). La

lengua es también una barrera en la formación de un espacio público en Europa. En efecto, la fragmentación de este espacio ha sido sin dudas acentuada, por un lado, por el desarrollo de sistemas nacionales de educación superior y, por el otro, por la expansión de la base social de reclutamiento de los intelectuales: el multilingüismo, característica de las elites culturales, no es ya la norma. Y es principalmente en el nivel nacional que ellos encontraron su público.³ No se trata solamente del repliegue de los intelectuales hacia la esfera nacional: el proceso de autonomización de los campos intelectuales respecto de las expectativas de los poderes económicos y políticos, así como la lección aprendida de la experiencia de un pasado manchado de sangre y la deconstrucción de las ideologías nacionales, sin duda también explican por qué Europa no ha encontrado su ejército de profetas. Han sido los expertos más que los intelectuales quienes se han involucrado en la construcción europea,⁴ acentuando la sensación de desposesión de las poblaciones frente a un proceso llevado a cabo por sobre sus cabezas. La defección de los intelectuales europeos también se explica en parte por la hegemonía cultural ejercida por los Estados Unidos en varios dominios intelectuales, desde la literatura hasta las diferentes ciencias humanas, lo que ha hecho que las relaciones con ese país fueran priorizadas. Así, la relación con Estados Unidos resulta fundamental para comprender la construcción europea, incluso en el ámbito intelectual. Frente a esta hegemonía, también están los que temen, con cierta razón, una profundización de la brecha Norte-Sur.⁵ Sin embargo, más allá del floreciente campo de los «estudios europeos»,⁶ se han multiplicado las tentativas más o menos autónomas de crear un «imaginario» colectivo: antologías, colecciones, obras de múltiples autores⁷ y series históricas.⁸ Pero su impacto continúa siendo limitado. Tal vez se deba a que, a diferencia de las culturas nacionales, la identidad «europea» no se inculca en las escuelas; puede deberse también al hecho de que los intelectuales han perdido una buena parte de su poder carismático. Razón por la que esta historia podría ser también la de la emergencia, apogeo

³ Abram de Swaan, «The European Void: the Democratic Deficit as a Cultural Deficiency», en John Fossman y Philip Schlesinger (eds.), **The European Union and the Public Sphere: A Communicative Space in the Making?** Routledge, Londres y Nueva York, 2007, pp. 135-53.

⁴ Tal como fue demostrado por diversas contribuciones al número de **Actes de la recherche en sciences sociales** «Constructions européennes: concurrences nationales et stratégies transnationales», coordinado por Antonin Cohen, Yves Dezalay and Dominique Marchetti, pp. 166-167, marzo 2007.

⁵ La identidad 'europea' fue, en el pasado, construida en gran medida por oposición al Imperio otomano, tal como lo señala Jean-Frédéric Schaub, **L'Europe a-t-elle une histoire?**, Albin Michel, París, 2008.

⁶ Craig Calhoun, «European Studies: Always Already There and Still in Formation», **Comparative European Politics**, 1, 2003, pp. 5-20; Ioana Popa, «La Structuration internationale des études européennes: un espace scientifique dissymétrique», en Didier Georgakakis y Marine de Lassalle (eds.), **La 'Nouvelle Gouvernance européenne'. Genèses et usages politiques d'un livre blanc**, Presses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg, 2007, pp. 117-48.

⁷ Véase por ejemplo Ursula Keller e Ilma Rakusa (eds.), **Writing Europe: What is European About the Literatures of Europe? Essays from 33 European Countries**, CEU Press, Budapest y Nueva York, 2004.

⁸ Tal como la serie La construcción de Europa coordinada por el historiador Jacques Le Goff y lanzada en 1988 por cinco editoriales europeas: Laterza (Italia), Seuil (Francia), Beck (Alemania), Blackwell (Reino Unido) y Critica (España). Ver Hervé Serry, «Faire l'Europe: enjeux intellectuels et enjeux éditoriaux d'une collection transnationale», en Gisèle Sapiro (ed.), **Les Contradictions de la globalisation éditoriale**, Nouveau monde, París, 2009, pp. 227-52.

y caída de la figura del intelectual tal como apareció en Europa en la era de la Ilustración.

La comprobación de estas hipótesis requiere de un proyecto de investigación a gran escala, que rompa con el nacionalismo metodológico que continúa prevaleciendo en la historia intelectual. Esta tarea fue emprendida por la red europea ESSE,⁹ a partir de un enfoque teórico común y la confrontación de trabajos empíricos. Sus resultados fueron publicados en un volumen, *L'Espace intellectuel en Europe*, que pretende ofrecer tanto una visión general del campo como las perspectivas para la investigación con miras al desarrollo de una historia social del espacio intelectual en Europa.¹⁰ El presente artículo ofrece una aproximación a los principios metodológicos propuestos por la red ESSE para el desarrollo de una historia intelectual transnacional.

En primer lugar, el mundo intelectual no debe ser abordado como un espacio sin anclaje que sólo existe en el universo de las ideas, sino como un universo social compuesto por agentes —individuos e instituciones— que constituyen mediaciones susceptibles de análisis socio-histórico. En el siglo XVIII este universo adquirió una autonomía relativa en relación a las esferas política, económica y religiosa, lo que justifica un tratamiento metodológico distinto de su modo de funcionamiento, aun cuando las lógicas externas continúen actuando sobre él en grados variables que precisan ser estudiados.¹¹ Asimismo, la división del trabajo intelectual y la institucionalización académica de las ciencias humanas condujo a la diferenciación de los campos de producción intelectual,¹² que conforman espacios de lucha por la imposición de la definición legítima de la actividad considerada (literatura, filosofía, historia, sociología, etc.). Esta es la razón por la cual el estudio de los distintos campos se beneficia al ser resituado en el espacio en el que esta lucha tiene lugar, un espacio que limitaremos aquí a la cultura letrada y/o intelectual, a la que el adjetivo «intelectual» nos remite, una cultura caracterizada por el rol central de la palabra escrita, de la que surgieron tanto la tradición

literaria como las ciencias humanas y sociales, a pesar de que la primera se acercó a las artes a medida que las segundas se orientaron hacia las ciencias naturales.¹³ En el momento mismo en que este espacio se estaba bifurcando, los «intelectuales» emergieron como una categoría social y afirmaron su poder simbólico en tanto que fuerza política.¹⁴

Este proceso de diferenciación y autonomización coincidió con el surgimiento de los Estados-nación. Si bien la relación entre los dos fenómenos aún no ha sido estudiada, la nacionalización de la vida intelectual en el siglo XIX es un hecho indiscutible, lo que en parte explica porqué este enfoque fuera situado primero en un marco nacional. Sin embargo, la delimitación nacional de los campos de producción cultural ha sido legítimamente cuestionada y desafiada por un conjunto de investigadores.¹⁵ Por otra parte, algunas investigaciones han avanzado desde diversos ángulos en la exploración de la dimensión transnacional: de la comparación de los campos intelectuales en Europa o la construcción cultural de las identidades nacionales a la «República mundial de las letras».¹⁶

Estas exploraciones han planteado una serie de problemas a los que también se han enfrentado los especialistas en transferencias culturales (*cultural transfers*).¹⁷ Los límites del comparatismo, especialmente del nacionalismo metodológico que éste supone, han sido puestos de relieve de manera oportuna.¹⁸ Esto presenta problemas de definición que requieren de un esfuerzo de historización de las categorías de clasificación del mundo social, empezando, para nuestros propósitos, por la noción misma de «intelectuales».¹⁹ En este sentido, se ha subrayado el carácter experimental de la historia comparada de los intelectuales y de

⁹ ESSE: Pour un Espace de Sciences Sociales Européen, es una red de centros de investigación europeos creada en 2003 cuyo objetivo es el análisis de las condiciones de posibilidad y realización de un espacio europeo para la investigación en ciencias sociales. La red fue financiada por el Sexto programa marco de la Unión Europea. Para mayor información ver <http://www.espacesse.org>

¹⁰ Ver Gisèle Sapiro (ed.), *L'Espace intellectuel en Europe XIXe-XXe. De la formation des Etats-nation à la mondialisation*, La Découverte, París, 2009. Esta obra fue realizada en el marco de red ESSE.

¹¹ Jürgen Habermas, *L'Espace public*, trad. fr., Payot, París, 1962 [Hay traducción al castellano: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Ed. Gustavo Gili, México y Barcelona, 1989]; Lewis Coser, *Men of Ideas: A Sociologist's View*, The Free Press, Nueva York, 1965, nueva edición 1970 [Hay traducción al castellano: *Hombres de ideas: el punto de vista de un sociólogo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968]; Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, Seuil, París, 1990 [Hay traducción al castellano: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995]; Daniel Roche, *Les Républicains des lettres: gens de culture et Lumières au XVIIIe siècle*, Fayard, París, 1988; Didier Masseau, *L'Invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1994.

¹² Sobre el concepto de campo ver Pierre Bourdieu, *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Seuil, París, 1992, y Homo Academicus, Minuit, París, 1984. [Hay traducción al castellano: *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995; y *Homo Academicus*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2008].

¹³ Wolf Lepenies, *Between Literature and Science: The Rise of Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988 [Hay traducción al castellano: *Las tres Culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994]; Johan Heilbron, *The Rise of Social Theory*, Polity, Cambridge, 1995.

¹⁴ Christophe Charle, *Naissance des 'intellectuels': 1880-1900*, Minuit, París, 1990 [Hay traducción al castellano: *El nacimiento de los «intelectuales»*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2009] y *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle: Essai d'histoire comparée*, Seuil, París, 1996. Acerca de la evolución y la diferenciación de las formas de intervención de los intelectuales ver: Gisèle Sapiro, «Modèles d'intervention politique des intellectuels: le cas français», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 176-177, enero—marzo 2009, pp. 8-31.

¹⁵ Ello ha sido discutido en la red ESSE, en particular en referencia a los casos de Bélgica, Quebec, Suiza, Alemania Occidental y Oriental, y Galicia, en la primera conferencia organizada por Joseph Jurt (ed.), *Champ littéraire et nation, Frankreich-Zentrum der Universität Freiburg*, Freiburg im Breisgau, 2007.

¹⁶ Christophe Charle, *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle*, op. cit.; Anne-Marie Thiesse, *La Création des identités nationales. Europe XVIIe-XXe siècle*, Seuil, París, 1998 [Hay traducción al castellano: *La Creación de las Identidades Nacionales*, Ézaro, Santiago de Compostela, 2010]; Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, Seuil, París, 1999 [Hay traducción al castellano: *La República mundial de las letras*, Anagrama, España, 2001].

¹⁷ Michel Espagne y Michael Werner, *Philologiques*, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, París, 1990-1994, 3 volúmenes.

¹⁸ Michel Espagne, «Au-delà du comparatisme», en *Les Transferts culturels franco-allemands*, Presses Universitaires de France, París, 1999, 35-49.

¹⁹ Christophe Charle, «Intellectuels, Bildungsbürgertum et professions au XIXe siècle: Essai de bilan historiographique comparé (France, Allemagne)», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 106-107, marzo 1995, pp. 85-95; y «L'Histoire comparée des intellectuels en Europe. Quelques points de méthode et propositions de recherche», en Michel Trebitsch y Marie-Christine Granjon (eds.), *Pour une histoire comparée des intellectuels*, Complexe, Bruselas, 1998, pp. 39-60.

su dimensión reflexiva.²⁰ Por otra parte, la cuestión de saber si los fenómenos comparables son el producto de las mismas estructuras o de la circulación de modelos culturales no tiene una respuesta *a priori*, sino sólo *a posteriori*, sobre la base de un análisis empírico para cada caso.²¹ Los métodos de comparación cruzada han sido propuestos bajo el nombre de *entangled history* o *histoire croisée* para encontrar una salida a la falsa disyuntiva entre comparatismo e intercambios interculturales.²² El estudio de las transferencias culturales requiere, por su parte, no sólo una reconstrucción metódica de los espacios de referencia, sin la cual es probable que se pierda lo esencial (a saber, las formas de reapropiación y de reinterpretación de los modelos o los bienes que están en circulación, de conformidad con las apuestas específicas del espacio de recepción), sino que también requiere un análisis estructural del sistema de relaciones en el que esos espacios se encuentran más ampliamente insertos. Del mismo modo, el comparatismo sólo es posible a condición de que también se comparen las estructuras sociales dentro de las que se encuentra el fenómeno estudiado, ya se trate de la demarcación y la jerarquía de las disciplinas —a fin de entender la posición de cualquiera de ellas— o de la sociogénesis de las instituciones de la vida intelectual.²³

El estudio de las condiciones sociales de la circulación de ideas presenta algunos problemas específicos, que Pierre Bourdieu abordó en una conferencia pronunciada en la inauguración del *Zentrum Frankreich* de la Universidad de Friburgo (Alemania).²⁴ Un estudio de esta clase requiere tanto de la reconstrucción de las categorías de clasificación propias de los espacios de origen y de recepción, como del análisis de las modalidades de la transferencia. Los intercambios interculturales implican la circulación de textos (nos limitamos aquí a la palabra escrita, pero esto podría incluir asimismo otros medios de comunicación) y/o de personas. Las modalidades no son las mismas en los dos casos. Como señala Bourdieu siguiendo a Marx, los textos circulan sin sus contextos, lo que constituye una fuente constante de malentendidos. La traducción, que es, como se ha dicho, una de las principales formas de transmisión cultural de la palabra escrita, implica además la sustitución de un texto por otro, dando lugar con frecuencia a conflictos de interpretación que se suman a los derivados de la polisemia de las obras (se puede citar como ejemplo las traducciones al francés de Max Weber). Pero la comparación de la traducción con el original resulta significativa sólo a la luz de las normas de traducción

del espacio de recepción,²⁵ así como las diversas interpretaciones y usos que se hacen de los textos traducidos tienen que estar relacionados con las apuestas específicas en dicho espacio, tal como lo implican los prólogos, notas, comentarios, reseñas críticas y controversias. Además de proporcionar una medida de la intensidad de los intercambios culturales,²⁶ la circulación de los textos, especialmente a través de la traducción, plantea de manera general la cuestión de los mediadores —editores, representantes de la cultura oficial, traductores, críticos— y de las lógicas diferentes de mediación —económica, política y cultural.²⁷

La circulación de personas es la otra modalidad a través de la cual se operan las transferencias intelectuales. Siendo relativamente internacionalizada, la vida intelectual ofrece —aunque de manera desigual, con arreglo a la posición ocupada en el espacio nacional y/o internacional— muchas oportunidades de viajes —coloquios, congresos internacionales, estancias de investigación y enseñanza, residencia de escritores— que están pensadas para favorecer el intercambio de ideas y la confluencia de tradiciones intelectuales. Las trayectorias migrantes, ya sean forzadas o voluntarias, pueden ser también un poderoso vector de transferencia cultural e incluso de innovación, tal como en el caso de Claude Lévi-Strauss, exiliado en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.²⁸

Estas transferencias tienen lugar en un espacio transnacional de bienes simbólicos, cuya estructura y principios de jerarquización precisan ser reconstruidos.²⁹ Éstos se debaten entre tres lógicas, política, económica y cultural, cuyo peso relativo varía según las coyunturas. Las apuestas políticas pueden tener un impacto directo sobre los intercambios, tal como lo demuestra el caso de la importación de las literaturas de los países de Europa Oriental durante el período comunista.³⁰ La internacionalización de la vida

²⁰ Michel Trebitsch, «L'Histoire comparée des intellectuels comme histoire expérimentale», en *ibid.*, pp. 61-78.

²¹ Para una discusión de estos problemas y casos de estudio, ver Christophe Charle, Julien Vincent y Jay Winter, **Anglo-French Attitudes: Comparisons and Transfers between English and French Intellectuals since the Eighteenth Century**, Manchester University Press, Manchester, 2007.

²² Ver la distinción en Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, «Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité», **Annales HSS**, n° 1, 2003, pp. 7-36.

²³ Fabrice Clément, Marta Roca i Escoda, Franz Schultheis y Michel Berclaz, **L'Inconscient académique**, Éditions Seismo, Zurich, 2006.

²⁴ Este texto fue publicado por primera vez en los **Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte/Cahiers d'histoire des littératures romanes**, 14to año, 1-2, 1990, pp. 1-10 y luego en **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 145, 2002, pp. 3-8 [hay traducción al castellano: «Las condiciones sociales de la circulación de las ideas», en Pierre Bourdieu, **Intelectuales, política y poder**, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 159-172].

²⁵ Ver Gideon Toury, «The Nature and Role of Norms in Translation», **Descriptive Translation Studies and Beyond**, John Benjamins Press, Amsterdam & Philadelphia 1995, pp. 53-69. Las prácticas de traducción también difieren, no obstante, en función del tipo de restricción social que pesa sobre ellas. Cf. Gisèle Sapiro, «Normes de traduction et contraintes sociales», en Anthony Pym, Miriam Shlesinger and Daniel Simeoni (eds.), **Beyond Descriptive Translation Studies: Investigations in Homage to Gideon Toury**, John Benjamins Press, Amsterdam & Philadelphia, 2008, pp. 199-208.

²⁶ Johan Heilbron, «Towards a Sociology of Translation: Book Translations as a Cultural World System», **European Journal of Social Theory**, vol. 2, n° 4, 1999, pp. 429-44.

²⁷ Ver Johan Heilbron and Gisèle Sapiro (eds.), «Les Échanges littéraires internationaux», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 144, 2002; Johan Heilbron and Gisèle Sapiro, «Outlines for a sociology of translation: current issues and future prospects», en Michaela Wolf (dir.), **Constructing a Sociology of Translation**, John Benjamins Press, Amsterdam/Philadelphia, 2007, pp. 93-107 (con J. Heilbron). Version francesa: «Pour une sociologie de la traduction: bilan et perspectives», <http://www.espacece.org/fr/art-257.html>; Gustavo Sorá, **Traducir El Brasil: Una Antropología de La Circulación Internacional de Ideas**, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003; Gisèle Sapiro (ed.), **Translatio: Le Marché de la traduction en France à l'heure de la mondialisation**, CNRS Éditions, Paris, 2008; Gisèle Sapiro, «Globalization and cultural diversity in the book market: the case of translations in the US and in France», **Poetics** 38/4, 2010, pp. 419-439.

²⁸ Laurent Jeanpierre, «Une opposition structurante pour l'anthropologie structurale: Lévi-Strauss contre Gurwitsch, la guerre de deux exilés français aux États-Unis», **Revue d'histoire des sciences humaines**, n° 11, 2004, pp. 13-43.

²⁹ Ver en particular las actas del Congreso de la red ESSE organizado en la Universidad de Venecia por Anna Boschetti (ed.), **L'Espace culturel transnational**, Nouveau Monde Éditions, Paris, 2010.

³⁰ Ioana Popa, **Traduire sous contraintes. Littérature et communisme**, CNRS Éditions, Paris, 2010.

intelectual también se inscribe, históricamente, en una competencia entre los Estados-nación, en donde la cultura y la ciencia son instrumentos de influencia y hegemonía. Sin embargo, las nacionalidades, a pesar de tener cierto peso, incluso en áreas en las que esto es negado (como las ciencias), son sólo un aspecto de los conflictos y luchas de competencia del espacio intelectual transnacional. En términos generales, las vanguardias literarias y artísticas han pretendido trascender las fronteras territoriales y culturales, así como de los géneros y las especialidades. Se han aliado gustosamente con los movimientos políticos radicales, también internacionalistas, como el socialismo, el trotskismo o el maoísmo. Las apuestas políticas internacionales, tal como el movimiento antifascista de la década del '30, tienden por lo general a movilizar a los «intelectuales» en el sentido que el término adquirió durante el caso Dreyfus.³¹ En el período de entreguerras apareció otra forma de internacionalismo intelectual bajo la forma de reivindicaciones corporativas de los «trabajadores intelectuales» en el escenario internacional, que obtuvo el reconocimiento oficial de la Liga de las Naciones y de la Organización Internacional del Trabajo.

La tensión entre regionalismo, nacionalismo, internacionalismo y transnacionalismo (a los que deberían añadirse otros principios de identidad, como la religión o la pertenencia étnica) es sólo una de las variantes de la tensión entre particularismo y universalismo que afecta la vida intelectual. Si bien el grado de internacionalismo se puede medir y varía según el dominio o las disciplinas en consideración,³² los significados que estas oposiciones asumen en diferentes configuraciones sociohistóricas no pueden ser definidos a priori. Las identidades nacionales fueron construidas, en su origen, en una lucha contra la hegemonía de la cultura francesa, que se pretendía universal.³³ El universalismo humanista pudo ser utilizado como una justificación intelectual para el colonialismo.³⁴ Si bien el internacionalismo presupone la existencia y la cooperación de los Estados-nación, sabemos que los nacionalismos no se corresponden de manera sistemática con las divisiones políticas y administrativas, y que las fronteras entre el regionalismo y el nacionalismo son a veces tenues (tal el caso de, por ejemplo, Galicia).³⁵ Actualmente, el proceso de recomposición de las identidades colectivas pasa no sólo por la noción de «mundialización», que refiere a la circulación de bienes y mode-

los, sino también por la formación de entidades regionales supra-nacionales tales como la Unión Europea por una parte,³⁶ y la valorización de las culturas regionales locales y de las trayectorias inmigratorias por otra.

En paralelo a estas apuestas políticas e identitarias, la producción intelectual y cultural depende en parte de las lógicas del mercado que pesan sobre los intercambios culturales internacionales a través de la imposición de restricciones económicas —rentabilidad de corto plazo, racionalización de los costos, etc.—, y que se encuentran en contradicción con los requerimientos específicos de la producción intelectual (que es costosa en términos de tiempo y que demanda una inversión desinteresada). Como consecuencia, el mercado transnacional de bienes culturales tiende a estructurarse, al igual que los mercados nacionales, según la oposición entre un polo de producción restringida, donde prevalecen las lógicas intelectuales y/o políticas, y otro de gran producción, regida por la lógica mercantil.³⁷ Desde la composición a la distribución, pasando por la traducción, la fabricación de *best-sellers* mundializados se encuadra claramente en esta última.³⁸

El papel histórico que los Estados-nación han jugado en la organización de este mercado —control, protección, regulación— explica, por otra parte, algunas de sus propiedades, incluso si éste tiende a inclinarse en favor de los agentes económicos (editores, agentes literarios, grandes conglomerados).³⁹ Como reacción al creciente peso de las limitaciones económicas sobre las empresas de producción cultural y también a las presiones, en nombre de la globalización, para la apertura de las fronteras al libre comercio y la eliminación de los «privilegios» otorgados por los Estados bajo la forma de protección o de ayudas a determinadas categorías de bienes, las políticas de apoyo para el polo de la producción restringida se han desarrollado en varios países como Francia, en el marco de la creencia compartida de que los bienes culturales no son mercancías ordinarias.

A pesar de no estar totalmente al margen de las lógicas de la política y la economía, el polo de la producción restringida es la repre-

³¹ La cuestión del compromiso intelectual en Europa fue planteada en un coloquio de la red ESSE organizado en la Universidad de Bielefeld por Ingrid Gilcher-Holtey, y que se plasmó en un volumen editado por ella: **Zwischen den Fronten: Positionskämpfe europäischer Intellektueller im 20. Jahrhundert**, Akademie Verlag GmbH, Berlín, 2006.

³² Yves Gingras, «Les Formes spécifiques de l'internationalité du champ scientifique», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 141-42, 2002, pp. 31-45.

³³ Anne-Marie Thiesse, **La Création des identités nationales**, op. cit.; Pierre Bourdieu, «Deux impérialismes de l'universel», en Christine Fauré and Tom Bishop (ed.), **L'Amérique des Français**, François Bourin, París, 1992, pp. 149-55. [Hay traducción al castellano: «Dos imperialismos de lo universal», en Pierre Bourdieu, **Intelectuales, política y poder**, op. cit.]

³⁴ Immanuel Wallerstein, **L'Universalisme européen. De la colonisation au droit d'ingérence**, Demopolis, París, 2006 [Hay traducción al castellano: **Universalismo europeo: el discurso del poder**, Siglo XXI, México, 2007].

³⁵ Anton Figueroa y Xoán González Millán, **Communication littéraire et culture en Galice**, L'Harmattan, París, 1997.

³⁶ Se podrían citar ejemplos de otras organizaciones internacionales regionales intergubernamentales con fines políticos, tales como el parlamento Panafricano (o, en una escala menor, la Unión para el Mediterráneo), o no gubernamentales con fines científicos o culturales específicos, como CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

³⁷ Pierre Bourdieu, «La production de la croyance: contribution à une économie des biens symboliques», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 13, 1977, pp. 3-43; P. Bourdieu, «Une révolution conservatrice dans l'édition», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 126-127, marzo 1999, pp. 3-28 [Hay traducción al castellano: «La producción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos», en Pierre Bourdieu, **Creencia artística y bienes simbólicos. Elementos para una sociología de la cultura**, Aurelia Rivera, Buenos Aires, 2003, pp. 155-225]; Gisèle Sapiro, «Translation and the Field of Publishing. A Commentary on Pierre Bourdieu's 'A Conservative Revolution in Publishing' from a Translation Perspective», **Translation Studies**, vol. 1, n° 2, 2008, pp. 154-67.

³⁸ Ver John Thompson, **Merchants of Culture. The Publishing Business in the Twenty-First Century**, Polity Press, Cambridge, 2010.

³⁹ Ver las actas del simposio de la red ESSE que tuvo lugar en París en enero de 2009 en Gisèle Sapiro (ed.), **Les Contradictions de la globalisation éditoriale**, Nouveau Monde Éditions, París, 2009.

sión del proceso de autonomización del campo intelectual a través de la imposición de valores propios y de un *ethos* intelectual —rigor, desinterés, capital cultural, auto-referencialidad, reflexividad—, incluso cuando la noción de desinterés adquiere sentido sólo en relación con la búsqueda de beneficios simbólicos, en particular el reconocimiento de los pares. Este polo tiene sus lugares de sociabilidad (grupos de discusión, seminarios de investigación, coloquios) así como sus propias instancias de difusión y consagración (revistas intelectuales, literarias o científicas, colecciones, premios literarios o académicos, otros honores) y sus agentes (escritores, críticos, investigadores, editores literarios y académicos). La noción de autonomía, si bien no debe ocultar las luchas de competencia individual y los intereses específicos en juego, permite comprender las formas de acumulación del capital específico, tanto a nivel nacional como transnacional, de los individuos y de los colectivos. Así como se puede hablar de capital literario acumulado por un campo literario nacional, especialmente en cuanto al número de obras que han entrado en el patrimonio universal,⁴⁰ las tradiciones intelectuales nacionales están dotadas de un capital simbólico variable según la disciplina (por ejemplo, la filosofía alemana goza de gran prestigio en la escena internacional) que puede ser medida en función de criterios similares (número de obras traducidas, enseñadas, comentadas, etc.).

Esta aproximación, que precisa del trabajo conjunto de historiadores de la cultura y la literatura, sociólogos y politólogos, es decididamente multidisciplinaria. Requiere la sinergia de diferentes métodos de las humanidades y las ciencias sociales: cuantitativos y cualitativos, sincrónico y diacrónico, estructural e histórico, comparativo y monográfico (caso, configuración, trayectoria, transferencias), aproximaciones internas y externas a las producciones intelectuales, métodos explicativos y hermenéuticos. La perspectiva y las escalas varían desde la larga duración de la formación de un espacio intelectual europeo del conocimiento, pasando por el estudio de los procesos de mediano término, tales como la transformación de los campos intelectuales en los siglos XIX y XX, su internacionalización o la evolución de intercambios culturales, medida a través de los libros traducidos, hasta el corto plazo de una coyuntura-encuentro de series causales de las que nace un acontecimiento, como en el caso de mayo de 1968. La comparación, basada en datos cuantitativos y/o cualitativos, debe ser utilizada tanto de manera sincrónica (entre los países, las tradiciones nacionales, los grupos sociales, las profesiones) como diacrónica (evolución de la configuración de un ámbito cultural o una disciplina, o el intercambio entre los espacios). Las transferencias están relacionadas con la estructura asimétrica de los intercambios en los que se producen, con la investigación de los retos sociales y los actores, tanto individuales como institucionales; mientras que las tomas de posición de los intelectuales se relacionan con las posiciones que ocupan en su espacio de referencia y con sus trayectorias individuales.

Una breve descripción del volumen **L'Espace intellectuel en Europe** da una idea de la forma en que este abordaje ha sido llevado a la práctica en un programa de investigación. El trabajo está

organizado de acuerdo a una lógica doble: cronológica y temática. La primera parte trata de las condiciones históricas de surgimiento de un espacio intelectual en Europa y su evolución en los siglos XIX y XX, en particular en sus relaciones con el campo de poder; la segunda está más específicamente dedicada al campo literario, en tanto la tercera se centra en las ciencias sociales y las humanidades.

A partir de una perspectiva histórica de largo plazo, Víctor Karady reconstruyó las estructuras demográficas e institucionales que permitieron la emergencia de un espacio europeo de conocimientos sobre el hombre y la sociedad desde el fin de la Edad Media hasta el siglo XIX. Hasta la Reforma, la unidad del conocimiento estuvo ampliamente asegurada por el control ejercido por la Iglesia sobre las universidades. El humanismo ofrecería una alternativa cultural común, así como más tarde lo hizo la Ilustración. Pero para entonces la cultura y la ciencia se habían convertido en una apuesta por afirmar el poder de la monarquía y fundar su prestigio. La posición dominante que las universidades alemanas y francesas ocuparon a principios del siglo XIX ayudó a mantener una cierta homogeneidad del espacio intelectual europeo a pesar del proceso de nacionalización de las instituciones de enseñanza e investigación, lo cual finalmente provocó su fragmentación.

Las condiciones de surgimiento de los «intelectuales» como categoría social en el siglo XIX fueron analizadas por Christophe Charle desde tres ángulos: la evolución social comparada de las condiciones sociales de la vida intelectual bajo el efecto del desarrollo de la educación y la expansión de la oferta de los productos culturales, con el crecimiento del mercado del libro y la prensa escrita; el cambio en el *status* de las actividades intelectuales, marcado por la brecha entre aquellos que son cooptados por el Estado y los que son independientes pero cada vez más sujetos a las limitaciones del mercado; y la nueva relación entre el campo intelectual y el campo político que se desarrolló en los países de Europa hacia finales del siglo XIX. Este análisis, que articula la comparación estructural de los campos intelectuales con la circulación de los modelos —en particular el modelo intelectual *dreyfusard*—, permite explicar las diferentes tradiciones de compromiso (*engagement*) de los intelectuales, desde la *intelligentsia* rusa, pasando por el *public moralist* británico, hasta el *intellectuel* de estilo francés, así como sus límites (sobre todo en Alemania) y su renovación (con el fenómeno de la radicalización en Rusia o la aparición del reformismo en el Reino Unido).

La internacionalización del campo intelectual de entreguerras, que examina mi trabajo, reviste una doble forma, profesional y política. La primera se observa en el nacimiento de un «gremialismo intelectual» (la *Confédération des travailleurs intellectuels* nacida en 1919 en Francia, y que se internacionaliza en 1923), que aglutinó las demandas corporativas de las profesiones intelectuales, y en la institucionalización de relaciones intelectuales internacionales con la creación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. La segunda está marcada por las apuestas ideológicas de la reconstrucción de Europa después de la Gran Guerra (retraducido en el debate de ideas por medio de una lucha en torno a

⁴⁰ Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, op. cit.

las nociones de cultura y civilización), y por el aumento de las tensiones políticas en la década de 1930, lo que llevó a la movilización de los intelectuales a favor o en contra del fascismo.

Por su parte, Anna Boschetti aborda los problemas ligados a la recomposición del espacio intelectual en Europa en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, período que se caracterizó por su hiperpolitización debido a los efectos materiales y simbólicos de la guerra, el nuevo orden establecido por los vencedores, y la subsiguiente Guerra Fría. Frente a los países de Europa del Este, donde los intelectuales se hallaban bajo estrecha vigilancia de las autoridades —lo cual no excluía un cierto grado de autonomía variable de acuerdo al país y al período—, la figura del intelectual crítico se difundió a través de las democracias parlamentarias occidentales, de manera particular en Italia, con el diario *Il Politecnico*, y Alemania Occidental, con el **Gruppe 47**. Pero la cuestión del compromiso adquiere formas diferentes en función de la historia de las relaciones entre el campo intelectual y el campo de poder.

En su investigación acerca de la dimensión internacional de los movimientos de Mayo de 1968, Ingrid Gilcher-Holtey muestra que fueron precedidos por una reorientación cognitiva de la izquierda, que se caracterizó por sus raíces específicamente europeas. Si bien las condiciones políticas y sociales de la formación de los movimientos del '68 difieren de un país a otro, el proceso de movilización puso en evidencia algunos elementos comunes, tales como la crisis estructural de las universidades y la aparición de una nueva izquierda estudiantil, con la guerra de Vietnam funcionando como un catalizador de la internacionalización. Ingrid Gilcher-Holtey también conecta los movimientos de 1968 a la Primavera de Praga a través de las ideas-fuerza de «democracia participativa» y «autogestión» o «co-gestión».

La segunda parte trata de las apuestas propias del campo literario. La multiplicidad de las relaciones entre literatura y nación son exploradas por Joseph Jurt: la literatura jugó un papel fundacional en la construcción de las naciones modernas, especialmente en ausencia de estructuras políticas nacionales; en otros contextos, la literatura se convirtió en un atributo importante de una nación políticamente constituida. La definición nacional de literatura es, sin embargo, puesta en tela de juicio por las demandas universalistas de algunos escritores que —con o sin razón— niegan el anclaje de su trabajo en una tradición cultural particular. También es cuestionada, por una parte, por el regionalismo y, por la otra, por la existencia de áreas lingüísticas. Jurt examina en particular los casos de las zonas transnacionales de habla francesa y de habla alemana (esta última en el período de las dos Alemanias).

Esta definición nacional fue reafirmada por la historia literaria.⁴¹ Si bien la necesidad de «desnacionalizarla» ya ha sido establecida,⁴² Pascale Casanova ha señalado los peligros propios de escribir una

historia de la literatura europea, que se debate entre la idea de una unidad cultural, impuesta por las autoridades políticas, y una realidad heterogénea. La razón principal es que, a pesar de su rico pasado y del voluntarismo político actual, este espacio literario continúa siendo un espacio en proceso de construcción. Como consecuencia de ello, su historia sólo puede ser captada a través de las luchas de competencia y los conflictos entre las literaturas nacionales, que ofrecen el único principio de cohesión que es metodológicamente aceptable. Este es el enfoque que Casanova propone para sentar las bases de esta empresa, prestando particular atención a las luchas específicas por invertir las relaciones de poder que estructuran este espacio, especialmente por parte de los escritores pertenecientes a las literaturas dominadas.

La producción intelectual no está sujeta sólo a los esfuerzos por inscribirla políticamente, sino también a los intereses económicos que se ejercen sobre ella, especialmente a través del mercado del libro. Por un lado, este mercado ha estado ligado a la construcción de los Estados-nación;⁴³ mientras que, por el otro, su lógica expansionista ha sido un factor poderoso en el traspasamiento de las fronteras nacionales, ya sea en el marco de un área lingüística o mediante la traducción. Tal como lo he demostrado en la obra, Europa jugó un papel histórico en la formación de un mercado internacional de la traducción. En la era de la mundialización, ésta es la región en que la densidad y la diversidad de los intercambios son mayores. Pero esta diversidad varía de acuerdo a las categorías de las obras en cuestión: es más fuerte en el polo de producción restringida, principalmente a causa del vínculo histórico antes mencionado entre la literatura y la construcción de identidades nacionales, y casi inexistente en el polo de la producción a gran escala, que se rige por la lógica comercial. Esta conclusión también es válida para las traducciones en las humanidades y las ciencias sociales, por contraste con los ensayos, biografías, guías turísticas, etc.

Estas ciencias constituyen el foco de la tercera parte del libro. Johan Heilbron señala que éstas han estado, desde sus orígenes, fuertemente marcadas por sus contextos nacionales. Una parte importante de las ciencias sociales se ha constituido desde el Renacimiento como «ciencias de gobierno», es decir, como conocimiento administrativo y político y como *know-how* al servicio de los Estados nacionales emergentes. Al reconsiderar la noción de «tradición nacional» desde esta perspectiva, el autor distingue varios significados para el término en función de si se trata de una cuestión de formas de pensar y actuar que son específicas de una disciplina o campo de investigación, o si tiene que ver con las particularidades de las constelaciones disciplinarias y las jerarquías intelectuales (por ejemplo, la posición hegemónica de la filosofía en Francia), o con las posturas más generales y prácticas que ayudan a definir lo que se llama «estilos» nacionales («empirismo británico» frente al «racionalismo francés», por ejemplo), y que se encuentran anclados en la cultura escolar.

⁴¹ Ver Michel Espagne, *Le Paradigme de l'étranger. Les chaires de littérature étrangère au XIXe siècle*, Éditions du Cerf, París, 1993.

⁴² Ver por ejemplo Christie McDonald and Susan Suleiman (ed.), *French Global: a New Approach to Literary History*, Columbia University Press, Nueva York, de próxima aparición.

⁴³ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, (1983), edición revisada 1991 [Hay traducción al castellano: *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000].

Como Johan Heilbron, Nicolas Guilhot y Laurent Jeanpierre sugieren la posibilidad de concebir una historia transnacional de las ciencias sociales en términos de tres mecanismos generales que han estructurado la circulación de las personas y las ideas: en primer lugar, el funcionamiento de las instituciones científicas internacionales y de las redes transnacionales; en segundo lugar, la movilidad de los académicos, las visitas de investigación organizadas por las universidades desde comienzos del siglo XX, y las migraciones voluntarias o forzadas, tales como el exilio de los académicos alemanes a Estados Unidos en el período nazi; en tercer lugar, las políticas de intercambio adoptadas por las instituciones no universitarias, estatales o privadas como las fundaciones filantrópicas.

El problema de la europeización de las ciencias sociales es abordado a través del caso de la sociología. La multiplicidad de significados que el término «sociología europea» ha asumido nos remite a distintas fases históricas. Johan Heilbron distingue cuatro: el momento de la génesis de esta nueva ciencia en Europa, entre 1830 y 1880; su primera institucionalización en las universidades, que corresponde a su nacionalización, entre 1880 y 1920; las décadas situadas entre el período de entreguerras y la década de 1970, que fue una etapa de expansión de la disciplina y del traslado de su centro a los Estados Unidos a través de las migraciones producidas por el nazismo y el fascismo; y la fase más reciente, desde la década de 1970 hasta finales del siglo XX, que constituyó un período de crisis, fragmentación y búsqueda de nuevas formas de síntesis, pero que también vio el surgimiento de grandes figuras de la disciplina en Europa (Bourdieu, Elias, Giddens, Habermas, Bauman, Beck).

Este período de la globalización está marcado por el crecimiento significativo de las colaboraciones internacionales e intraeuropeas, como lo muestran Yves Gingras y Johan Heilbron (con datos que lo respaldan) en un estudio de la evolución de la proporción de las publicaciones científicas en las ciencias sociales y las humanidades, escrito en colaboración internacional con investigadores de los principales países europeos. Queda claro de esta investigación, que aísla un subconjunto de revistas académicas europeas mediante la comparación con revistas nacionales e internacionales, que si bien la tendencia hacia la internacionalización, que varía según las disciplinas, va en aumento, las colaboraciones con Estados Unidos son dominantes. Los resultados sugieren, en términos generales, que una buena parte de la producción científica de las ciencias sociales continuará siendo local y nacional.

Entre los aspectos que quedaron fuera debido a la ausencia de suficientes trabajos pormenorizados que permitan proponer incluso generalizaciones hipotéticas, se encuentra la dimensión étnica, sin la cual no se puede entender la especificidad de la formación de las élites en el centro-este de Europa.⁴⁴ El nacionalismo metodológico ha llevado a restar importancia a esta clase de variable, del mismo modo en que ha tendido a reificar las entidades nacionales ocultando las

realidades heterogéneas que éstas cubren, desde los fenómenos migratorios a la concentración geográfica y cultural. Por lo tanto cabe preguntarse en qué medida el Estado-nación resulta una unidad pertinente para aprehender el espacio intelectual transnacional: si la nacionalidad es, como se ha dicho, la propiedad más importante en este espacio, y si los estados contribuyen con la estructuración de los mercados de bienes culturales, la ciudad constituye una unidad territorial de referencia más decisiva para la vida intelectual, tanto por los lugares de socialización y sociabilidad que ofrece como por la concentración de actividades culturales.⁴⁵ Como paso previo a la comprensión de las apuestas intelectuales, el estudio de las condiciones sociales e históricas ha recibido más atención que las representaciones —las categorías de percepción y evaluación, producciones, ideas— que requieren la apertura de una extensa área de investigación sobre la comparación de los sistemas de clasificación,⁴⁶ la circulación de modelos, y los efectos de las transferencias cruzadas sobre las obras,⁴⁷ integrando los logros de la *Begriffsgeschichte* así como las perspectivas abiertas por la escuela de Cambridge (en particular el trabajo de Quentin Skinner) y la nueva sociología de las ideas.⁴⁸ Este empeño debería ser completado por una historia social y cultural del *ethos* intelectual tal como fue iniciada por Pierre Bourdieu con la noción de «sesgo escolástico», y por Wolf Lepenies con su reflexión sobre la melancolía, que caracteriza, según él, al intelectual europeo en contraste con el científico.⁴⁹

Si los intelectuales europeos tienen un papel que jugar, es el de defender la autonomía del pensamiento crítico que fue conquistada históricamente en esta parte del mundo, y que está constantemente amenazada por las fuerzas históricas.⁵⁰ Desde la introduc-

⁴⁴ Este tema es el objeto de un proyecto de investigación liderado por Victor Karady en el contexto del Séptimo Programa Marco de la Unión Europea. Este proyecto se encuentra aún en una etapa inicial y resulta prematuro extraer incluso conclusiones provisionales.

⁴⁵ En tal sentido, podemos citar también, por supuesto, otras obras como Carl Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, Vintage Books, Nueva York, 1980 [Hay traducción al castellano: *Viena Fin-de-Siècle*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981], y Michaël Pollak, *Vienne 1900: une identité blessée*, Julliard, París, 1984; Christophe Charle y Daniel Roche (eds.), *Capitales culturelles, capitales symboliques: Paris et les expériences européennes*, Publications de la Sorbonne, París, 2002; Christophe Charle (ed.), *Capitales européennes et rayonnement culturel. XVIIIe-XXe siècle*, Éditions Rue d'Ulm/Presses de l'École normale supérieure, París, 2004; Christophe Charle, *Théâtres en capitales, naissance de la société du spectacle à Paris*, Berlin, Londres et Vienne (1860-1914), Albin Michel, París, 2008.

⁴⁶ Tal empresa fue lanzada, en el marco de la red ESSE, por Olivier Christin, «Anthropologie historique comparée des sociétés européennes», seminario realizado los días 16 y 17 de septiembre de 2005 en el Frankreich-Zentrum, Freiburg im Breisgau.

⁴⁷ Algunos casos de estudio fueron presentados en el marco de la red ESSE y publicados (ver las obras citadas supra), pero se encuentran todavía muy dispersos como para permitir una síntesis.

⁴⁸ Charles Camic y Neil Gross, «The New Sociology of Ideas», en J. R. Blau, *The Blackwell Companion to Sociology*, Blackwell, Oxford, 2004. Ver también Mathieu Hauchecorne y Etienne Ollion, «What is the new Sociology of Ideas? A Discussion with Charles Camic and Neil Gross», *Transeo*, n° 1, enero, 2009, <http://www.transeo-review.eu/What-is-the-new-sociology-of-Ideas.html>, puesto en línea el 9 de diciembre de 2008, consultado el 5 de enero de 2009.

⁴⁹ Pierre Bourdieu, *Méditations pascaliennes*, Seuil, París, 1997 [Hay traducción al castellano: *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999]; Wolf Lepenies, *Melancholy and Society*, Harvard University Press, Cambridge (EEUU) 1992; y del mismo autor, *Qu'est-ce qu'un intellectuel européen? Les intellectuels et la politique de l'esprit dans l'histoire européenne*, Seuil, París, 2007.

⁵⁰ Pierre Bourdieu, «Pour un corporatisme de l'universel», post scriptum a *Règles de l'art*, op. cit., pp. 459-472 [Hay traducción al castellano: «Por un corporativismo de lo universal», post scriptum de *Las Reglas del Arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995].

ción de métodos de gestión en la enseñanza y la investigación⁵¹ a las diversas formas de la censura ejercida por los grandes grupos de comunicación, esta autonomía está ahora en peligro. El espacio intelectual europeo podría ofrecer un sitio desde el cual organizar la resistencia a estas amenazas. Ya existen algunas iniciativas.⁵² Pero la defensa de su autonomía no nos dispensa de una revisión crítica de su funcionamiento y de los conocimientos que produce, los intereses a los que pueden servir, los valores que vehiculizan y las preguntas que excluyen (como la cuestión de la hegemonía cultural, las relaciones desiguales entre las culturas, y la diversidad cultural).⁵³ Esta revisión crítica requiere, necesariamente, considerar la historia, objetivo para el que la obra *L'Espace intellectuel en Europe* pretende sentar las bases. El hecho de que, como recordaba Michel Foucault,⁵⁴ esta historia relativice nuestra comprensión no conduce necesariamente, tal como Pierre Bourdieu ha demostrado, al relativismo epistemológico, sino que, por el contrario, puede llevar a un mayor grado de reflexividad, que debería permitir evitar los errores del pasado: del universalismo cientificista a la ciencia colonial pasando por el nacionalismo metodológico.⁵⁵

[Traducido del francés por Alejandro Dujovne]

⁵¹ Ver Isabelle Bruno, **À vos marques, prêts... Cherchez. La stratégie européenne de Lisbonne, vers un marché de la recherche**, Éditions du croquant, París, 2008.

⁵² Desde 2003 la Universidad de Manchester organiza una serie de congresos sobre el tema «Discurso, poder y resistencia». El encuentro de abril de 2009 trató sobre «El poder y la academia».

⁵³ Ver Gisèle Sapiro, «The intellectual space in Europe», **The Myth of Europa**, edición del 10 de enero 2009, p. 12 (en <http://issuu.com/euroalter/docs/euro-pajan>).

⁵⁴ Michel Foucault, **Les Mots et les choses**, Gallimard, París, 1966 [Hay traducción al castellano: **Las palabras y las cosas**. Siglo XXI, México, 1968].

⁵⁵ Pierre Bourdieu, **Science de la science et réflexivité, Raisons d'agir éditions**, París, 2001, y «L'Objectivation du sujet de l'objectivation», en Johan Heilbron, Remi Lenoir y Gisèle Sapiro (eds.), **Pour une histoire des sciences sociales**, Fayard, París, 2004, pp. 19-23. [Hay traducciones al castellano: **El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y la reflexividad**, Anagrama, Barcelona, 2003, y dentro de dicha obra, «Objetivar el sujeto de la objetivación», pp. 154-163].